1904 (27 de Diciembre), por el cual se reforma el plan de estudios de la Facultad de Matemáticas é Ingeniería;

d) Para adjudicar las becas en la Facultad de Jurisprudencia del internado del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, se exigirá el comprobante de haber ganado todos los cursos que se requieren para matricularse en la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad Nacional. (Artículo 1.° del Decreto número 805 de 1905).

Art. 5.° Los alumnos becados estarán sometidos en un todo á los Reglamentos y disciplina del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Comuníquese y publíquese.

Dado en Bogotá, á 16 de Noviembre de 1905.

R. REYES

El Ministro de Instrucción Pública,

CARLOS CUERVO MÁRQUEZ

Impresiones sugeridas por "El Quijote"

DISCURSO EN CONMEMORACIÓN DEL TERCER CENTENARIO DE LA PUBLICACIÓN DEL "QUIJOTE," LEÍDO ANTE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

¡El *Quijote!* He vuelto á saborear este libro admirable compuesto por el más simpático, el más amable y el más humano de nuestros escritores. Ha vuelto á resurgir completo ante mis ojos aquel mundo creado por el genio, en que se nos muestra la existencia humana, no partida en dos polos opuestos, no momificada en dos abstracciones perpetuamente contradictorias, sino entera y luminosa, en sus ensueños ideales y en sus bruscos contactos con la realidad, con sus imperfecciones y sus anhelos purificadores,

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

con sus amargos desengaños y sus continuos y desasosegados vuelos á la altura, con sus Dulcineas siempre soñadas y nunca vistas y sus desolados campos de la Mancha siempre presentes. Y al volver á abrir esta maravillosa epopeya cómica del género humano, este breviario eterno de la risa y de la sensatez, como le ha llamado el más feliz y el más elocuente de nuestros críticos contemporáneos, ha resurgido también ante mis ojos, por una fatal asociación de ideas, la España de fines del siglo XVI, con su aparente grandeza y sus miserias, la vida nacional en el borde de su inminente decadencia, extenuándose en esfuerzos tan estériles como los del andante caballero.

No vengo á tratar especialmente de Cervantes como de un superhombre que utilizó el artificio de su fábula ingeniosa con muy diversos fines, ya sea para consignar una protesta contra las instituciones ó las costumbres de su tiempo, ya para dar una enseñanza perenne á la humanidad, envuelta en la sonrisa de una adorable ironía. Con profética intuición, refiriéndose á sus críticos futuros, ya indicó aquel gran genio que "podrían decir de su historia todo aquello que les pareciese." Mucho más modestas son mis aspiraciones, y no ya la crítica trascendental, sino ni la más humilde crítica literaria pretendo aplicar de nuevo á una obra sobre la cual tanto se ha escrito. No aspiro á otra cosa que á trasladar al papel, sin orden ni trabazón lógica, algunas de las impresiones de todo género que me ha sugerido su nueva y rápida lectura.

Las grandes creaciones del arte no hablan á todos los pueblos ni á todos los tiempos, ni á todas las generaciones, ni aun á todos los individuos, el mismo lenguaje. Cada uno las analiza con la lente de sus ideas ó prejuicios y de su educación artística ó intelectual, y el mayor testimonio de su valor es que puedan resistir todas estas pruebas sin perder nada de su encanto y de su juventud perennes. Ellas despiertan sensaciones nuevas y puntos de vista no soñados por sus propios autores, que no alcanzan tampoco á

vislumbrar todo el proceso y la virtualidad de su obra, de un modo semejante á lo que sucede con la maternidad física, en la que lo inconsciente y misterioso tienen el primer lugar. Es que los genios son á manera de nuevos Colones, que no conocen toda la realidad y contenido del mundo que han descubierto, y, muchas veces, según la feliz frase de Goethe, hay que recordarles su propia intención.

Yo juzgo que en el *Quijote* se ha estudiado mucho más lo que no hay en él, que lo que realmente encierra. Y si bien la crítica trascendental ha ensanchado los horizontes del arte, ligando las obras artísticas á la vida de los pueblos, dotándolas de un alma nacional y á la vez de un sello de solidaridad humana que antes no tenían, y ha enriquecido el contenido de aquellas obras desentrañando filones de oro nunca presentidos, no es menos cierto también que se ha pagado las más veces de relaciones arbitrarias entre el orden estético y el extra-artístico, y se ha hecho en muchos casos exclusivista y errónea, relegando al último lugar lo que en mi sentir ocupa el primero, esto es, el estudio de la obra de arte considerada como propiamente tal. Con mucha razón exclamaba Flaubert: "¿Cuándo el crítico será artista, nada más que artista?"

¡Cuánta erudición y cuánta ciencia prolija y mal empleada en esta producción inmortal! ¡Cuánto tiempo perdido por los retóricos é intelectuales de todas las épocas, así de los rebuscadores de vocablos como Clemencín y sus secuaces, que andan con pinzas á caza de faltas contra la gramática y la pureza inmaculada del bien decir, como de los críticos trascendentales que ven una alusión satírica ó política en cada página, y que nos tienen como pobres de espíritu á los que no sabemos admirar la omnisciencia de Cervantes ó su valor extra-humano y ultra-simbolista! Nada más lejos del espíritu y del carácter del *Quijote* y de la divina inconsciencia de su autor, que esos confusos ó rebuscados comentarios cerebrales con que anega su obra el intelectualismo moderno, que vuelve á desquiciar, tras

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

de una originalidad estéril y petulante, los ejes de la crítica y del buen sentido, y á velar con caliginosas nieblas la luz esplendorosa de la creación estética.

Jamás dos personajes ideales han echado raíces más hondas en el alma de la humanidad y le han interesado tanto como Don Quijote y Sancho Panza; nunca el arte creó dos figuras más amables y atractivas. "¡Oh, Don Quijote dichoso!, exclamaba el propio autor. ¡Oh, Sancho Panza gracioso!, los dos juntos y cada uno de por sí viváis siglos infinitos para gusto y general pasatiempo de los vivientes!"

La fidelidad y la benevolencia los unen en amoroso lazo, y ambos se completan y afirman de continuo, en vez de negarse y contraponerse á cada paso, como muchos suponen. Si no son los dos igualmente superiores, son, por lo menos en la relación artística, igualmente simpáticos, y no sabríamos cuál de ellos escoger. Cuando se queda solo en escena Don Quijote en Sierra Morena y en casa de los Duques, las dos únicas ocasiones en que se divorcia la genial pareja, á pesar de la preferencia que se conquista en nuestro ánimo el andante caballero, por su idealidad moral, sentimos por Sancho algo de la añoranza que aquél experimenta en su corazón de oro. En cuanto desaparecen de la escena, la novela más popular de la humanidad se convierte en una de tantas producciones de mérito secundario de nuestras letras. Con razón dice Valera que Don Quijote y Sancho Panza son toda la obra; redúzcase á la mitad ó imagínense otros cien capítulos más y no se alterará lo substancial de ella. El mismo Cervantes sentía su prestigio con tal fuerza, que le hacía temer por el éxito de sus dos novelas intercaladas en el curso de la narración, *El Curioso impertinente* y *El Cautivo*, á pesar de haberlas compuesto para huír del inconveniente de que fueran siempre atenidos el entendimiento y la pluma á escribir de un solo sujeto, y hablar con la boca de pocas personas. "También pienso, dice, que muchos, llevados de la atención que piden las hazañas de Don Quijote, no la darán á las novelas, y pasarán por ellas ó con priesa ó con enfado, sin advertir la gala y artificio que en sí contienen, el cual se mostrará bien al descubierto cuando por sí solas, sin arrimarse á las locuras de Don Quijote ni á las sandeces de Sancho, salieran á la luz." (P. II, cap. XLIV).

Don Quijote nos cautiva por la hermosura de su alma, fiel reflejo de la de su autor, la cual "campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder y en la buena crianza." Todo es en él abnegación y sacrificio. Su enfermedad es una locura de amor, de justicia y de misericordia. Es el más devoto servidor de la perfección caballeresca; el andante paladín del honor y la cortesía; el último y más simpático descendiente de la brillante mesnada de los Lancelotes y Amadises, que lleva en su mente un mundo peregrino poblado de poéticas quimeras. Ciego de entusiasmo, embriagado de ideal, no piensa, para servirle, en sus flacas fuerzas, ni en sus pobres armas, ni en su ruin jamelgo. La fe que nunca le abandona, le hace paciente y sufrido, le hace á la vez héroe y mártir. Loco el más magnánimo y sublime que ha concebido la humana fantasía, se atrae el respeto y el afecto por su bondad y su dignidad y por su resignación, que no conoce la flaqueza ni el abatimiento. Su nobleza moral, modelada por el espíritu cristiano, es tan alta, que le rodea como de un nimbo luminoso y transfigura hasta su ridículo aspecto físico.

A Sancho se le juzga, con harta ligereza, como la personificación del egoísmo y de los ruines deseos de la bestia humana, y sin embargo la fidelidad vence en él todo bajo estímulo. Por Don Quijote abandona dos veces su casa, su mujer y sus hijos, y exclama que sólo la pala y el azadón podrán separarle de su lado. De Sancho Panza, por cuya boca habla la sabiduría popular, diríase mejor que es el símbolo del buen sentido y del pueblo honrado y sencillo que ama con fe ciega las nobles causas, y que se sacrifica por ideales que no acaba de comprender del todo, aunque

Universidad del Rosario. Archivo Histórico

ponga en su consecución algo de interés propio y personal. Costal de refranes, de embustes y de malicias, nos cautiva por su candor y su dulzura de carácter, que hacen que su amo conmovido le llamase "Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sincero." El interés que despierta en el leyente, le personifica el autor en el caballero de Barcelona, D. Antonio Moreno, cuando dice al Bachiller Sansón Carrasco: "que nunca sane Don Quijote, porque con su salud no sólo perderemos sus gracias, sino las de Sancho Panza, su escudero, que cualquiera de ellas puede volver á alegrar la misma melancolía." (P. II, cap. LXV).

Pero sobre todo, la simpatía con que nos gana el extraviado hidalgo es tan grande y tan invencible, que cuando el autor recarga con trazos caricaturescos su grave y noble figura, sentimos un disgusto parecido al que produce una profanación. Llegamos á querer más á D. Quijote que su propio creador, el cual se muestra á veces sobrado cruel con él, pareciéndole pocas sus humillaciones, y haciéndole tropezar siempre con la realidad de la manera más dolorosa, ya al brutal empuje de los molinos de viento, ya con los porrazos ó pedradas de vizcaínos, cuadrilleros y pastores, ya pisoteado por bravos toros ó por inmunda piara. Razón tuvo el Manco de Lepanto al exclamar, aunque por distinta causa, "yo, aunque parezco padre, soy padrastro de D. Quijote."

Los tres grandes desencantos de las tres salidas del héroe, cuando regresa á su hogar, molido á palos, la vez primera; enjaulado como un loco más adelante; vencido la tercera por el caballero de la Blanca Luna en la playa de Barcelona, son tres notas de dolor de una sentida elegía, arrancadas por el desaliento del ideal, y si no nos afligen como sus restantes desventuras, es porque se desarrollan en aquella deliciosa aldea manchega innominada, y se convierten en tres idilios rústicos, bañados con las suaves solicitudes del afecto doméstico, de una naturalidad tan inefable como nunca la alcanzó la poesía bucólica más alta y exquisita.

Con sus sencillos coloquios, con temas hasta la saciedad sobados, el desencanto de Dulcinea, la posesión de la ínsula, los deberes de caballeros y escuderos andantes, la persecución de soñados encantadores, nos entretienen los dos protagonistas con embeleso tal, que no hay lengua humana que pueda expresarle, colmándonos de una placidez semejante á la que produce en nuestro ánimo la contemplación de los risueños espectáculos de la naturaleza, los recuerdos de la infancia ó el gracioso movimiento de un *scherzo* de Mozart. Es aquella vena inagotable, algo así como el fluír fácil del agua de un regalado manantial, como los atrevidos vuelos melódicos de pasmosa seguridad y plenitud de dulzura del canto del ruiseñor, como el candor del niño, como cuanto de más puro y espontáneo en el mundo exista, que se ignore á sí propio.

El chiste culto, la gracia ligera, la ironía suave, el giro donoso ó gallardo, la observación honda, la pasión sincera, la pincelada sobria y segura, esos son los resortes de que se vale, como de una mágica vara evocadora, este rey de la novela y de la narración, que enseñó á la humanidad el arte del diálogo y el más difícil todavía de dar plasticidad á la existencia entera. El que no sienta á Cervantes es tan desgraciado como el que no comprenda las hondas amarguras de Beethoven, la grandeza de Miguel Angel ó la pasión trágica de Shakespeare; es una alma atrofiada á quien la naturaleza negó el sentido de lo noble y de lo delicado. Porque el *Quijote* es un libro que habla á todos los corazones, y, al mismo tiempo, bajo apariencias festivas y de puro entretenimiento, uno de los que nos dejan más conmovidos y más profundamente preocupados. Por más que el autor trate de convencernos de que es una simple sátira literaria lo que trae entre manos, nosotros no acertamos á darle crédito. Allí alienta algo más hondo que la mera destrucción de un género extravagante. Son las

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

dos voces eternas de la naturaleza las que bajo sus páginas embelesadoras suenan á nuestros oídos; es nuestra propia alma lo que en ellas late; la aspiración perpetua á superiores ideales lo que las vivifica.

Cuanto más ahondó el inmortal novelista en el alma de su raza, más adentro penetró en el alma de la humanidad. Es un hecho cierto que así en nuestros sentimientos más sinceros como en nuestro más íntimo pensar, es donde hallamos cabalmente ese misterioso reflejo de lo universal que baña con sus fulgores todas las cosas. Al crear Shakespeare á Otelo le hizo ciudadano del mundo entero y personificó para siempre, en la vida del arte, la pasión de los celos. En el regazo de su materno suelo y bajo las alas del sentimiento patriótico más ardiente, engendró Dante, no ya la epopeya de Italia, sino la epopeya de la civilización cristiana. En el rincón más obscuro de la Mancha, y en un lugar de que no quiso acordarse, hizo nacer Cervantes á su andante héroe, á quien le estaba reservado el ser conocido en todos los rincones de la tierra, y ser el ciudadano de todos los pueblos y el superviviente inmortal de todos los siglos. Y hé aquí cómo, al conjuro misterioso del arte, que es camino luminoso de la verdad y de lo universal, el humilde hidalgo Alonso Quijano el Bueno se convirtió en la sublime personificación del idealismo humano.

Además de este valor trascendental, tiene el *Quijote* otras condiciones que le hacen todavía más amable; el optimismo que llena todas sus páginas, y el aroma de cristiano consuelo que de todas se exhala. El corazón de Cervantes destila dulce malicia, pero no negra misantropía; fina ironía, pero no sarcasmo; melancolía suave, no desesperada amargura. Parece imposible que una obra tan llena de frescura y de vida, y sin una gota de hiel, se engendrara en la vejez, en la cárcel, en la pobreza, entre crueles desengaños y continuas persecuciones.

Otro de los mayores encantos de esta asombrosa ficción es su marcadísimo carácter popular. Nunca alcanzó

su autor la plenitud de su ingenio de una manera tan profunda y tan sincera como en la pintura de las costumbres del pueblo y en el manejo de la lengua familiar. Aquí se halla lo más espontáneo y admirable de su estilo, muy superior al artificioso y afectado que emplea en los pasajes sentimentales ó retóricos tan encarecidos.

Yo casi me atrevería á decir, sin pretender rebajar el valor de otras páginas admirables, ni dar á mi opinión más alcance que el de una preferencia subjetiva, que lo mejor del *Quijote* es lo manchego, es decir, lo que contiene mayor dosis de aquel elemento popular de que antes hablaba. La Mancha y el héroe andantesco parecen inseparables. Con haber sido la patria de éste y de su escudero, ya tiene títulos bastantes para figurar como región encantada del arte y de la humanidad. De aquellas monótonas é inacabables llanuras supo sacar nuestro autor inagotables raudales de poesía. ¡Oh dichosa aldea ignota de la Mancha, cuna de nuestro hidalgo, transfigurada por el arte inimitable de Cervantes, que, con haberla querido dejar entre sombras, salió de sus manos tan llena de luz, suelo venturoso de humildes y suavísimas escenas familiares, nunca antes descritas por la palabra artística, de íntimos y delicados cuadros del hogar, antes jamás observados! Desde que salió de ella Don Quijote á campo abierto por la puerta falsa del corral de su casa, hasta que al regresar á su seno por última vez y al descubrirla desde lejos la saluda Sancho Panza de rodillas, su poético recuerdo nos sigue siempre y vierte doquiera patriarcal dulzura. El pradecillo en que á su regreso los dos desengañados andantes hallaron rezando al cura y al barbero; el arroyuelo en que bañaba sus ropas Sanchica, cuando la sorprendió el gentil paje de los Duques con un mensaje de cuento de hadas; las éras del lugar en las que reñían dos rapazuelos por una jaula de grillos; la famosa noche del Toboso en que amo y criado andaban á obscuras en busca de Dulcinea, cuando todos los vecinos dormían en sosegado

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

silencio.... ¡qué poesía más tierna no encierran estos y otros sencillos episodios de la más hermosa Arcadia de la novela moderna!

Sus moradores, trazados con soberbias y valientes pinceladas á lo Velásquez, hermano gemelo de Cervantes en la relación artística, son de los más salientes retratos que admiramos siguiendo el *rastrillado, torcido y aspado hilo* (son palabras del mismo autor) de la abigarrada é inmortal historia; los personajes que en ella se mueven con más desembarazo; los que triunfan definitivamente sobre los Cardenios desesperados, los Curiosos impertinentes, las Luscindas y Leonelas marisabidillas, sobre los Crisóstomos y Basilios quejumbrosos, sobre las viragos andantes de honor como Claudia Jerónimo y Ana Félix, en una palabra, sobre todas las figuras de tapiz ó de bastidores, tomadas de modelos manoseados de la novela sentimental, bucólica ó bizantina.

En sus pláticas encantadoras vierte el excelso novelista, á manos llenas, todo su inimitable gracejo y en sus retratos pone los colores más vivos de su paleta. Ya no sólo los personajes principales toman carne y hueso, sino los secundarios, los de última fila, como Pedro Alonso, el bueno, el caritativo vecino de D. Quijote que le devuelve á su hogar, molido á palos, después de su primera salida; Ricote el Morisco, tendero del lugar, que aparece en escena en aquella merienda de los peregrinos tudescos, que no se olvida jamás una vez leída; los venteros como Juan Palomeque el Zurdo, las Tolosas y Molineras del alegre gremio de mozas de partido, que servían en los pobres mesones manchegos; Tomé Cecial, el compadre y vecino de Sancho Panza, hombre alegre y de lucios cascos; los personajes casi fantásticos como Aldonsa Lorenzo, la moza labradora convertida en la imaginación del engañado hidalgo en Dulcinea del Toboso; y hasta parece que logran interesarnos los que el autor nombra sólo de paso, como Lope Tocho, el novio de Sanchica. Junto á estas figuras y

sin ánimo de citarlas todas, ya no nos semejan vividos, sino vistos con nuestros ojos, tan pasmoso es su relieve: Sansón Carrasco, el bachiller de Salamanca, en quien corrían parejas la socarronería y el buen entendimiento, amigo de donaires y de burlas, el *Deus ex machina* de la segunda parte, como lo son de la primera el cura y el barbero, tan simpáticos y discretos cual bien intencionados; Teresa Panza, la mujer del chistosísimo escudero, fuerte, tiesa, nervuda, avellanada, que no le cede en credulidad; Sanchica, su hija, no menos candorosa que su madre, y cual ella deliciosa en sus pláticas familiares, tan ingenua en su alegría cuando recibe el mensaje de los Duques; la asturiana Maritornes, prototipo imperecedero de las criadas de ventas y mesones, y, por último, el ama y la sobrina, que no necesitan nombres, admirables encarnaciones de la solicitud doméstica y de las virtudes apacibles del hogar.

Cervantes es, sin duda, el escritor español que tuvo una visión más luminosa de la realidad en todos sus aspectos. En él se puede afirmar que encarnó el genio de la novela moderna. Razón tuvo de jactarse en el prólogo de sus festivas narraciones, que llamó *Ejemplares*, de haber sido el primero que había novelado en lengua castellana, y bien mereció en este sentido el dictado de Boccacio español que le dio Tirso de Molina. Antes de él existían sólo formas parciales de la novela, como la caballeresca, la pastoril y la de aventuras; lo que no existía era la novela humana, creación de los tiempos modernos. Dice Farinelli, el notable hispanista italiano, que así como á Shakespeare parece remontar todos los dramas de nuestra tormentosa edad, así como en Beethoven se inspiran todas las composiciones instrumentales modernas, así también todas las novelas del mundo tienen sus raíces más ó menos remotas en el *Quijote*. Y es que en esta creación, al igual que en tres ó cuatro de sus mejores narraciones sueltas, v. gr., el delicioso diálogo de los perros de Mahudes, el *Licenciado*

Archivo Rosario Histórico

Vidriera, *Rinconete y Cortadillo*, *El Celoso Extremeño*, etc., puso en mayor grado que en ninguna otra de sus obras sus excepcionales dotes de observador y de invención de que él mismo se alaba en su *Viaje del Parnaso*.

Podrán hallarse antecedentes de algunas de sus citadas *Ejemplares* en la novelística italiana, y aun en el género picaresco, que antes de él había producido dos composiciones tan notables como el *Lazarillo de Tormes* y *Guzmán de Alfarache;* de su *Galatea* en Sannazaro, de su *Persiles* en Heliodoro y Aquiles Tacio, de sus entremeses en Lope de Rueda, de su *Viaje del Parnaso* en Caporali, pero no del *Quijote*, que brotó de su cerebro en dos sublimes esfuerzos, engendradores á su vez de aquellos dos colosales alzamientos de la fantasía humana, que forman su primera y segunda parte.

No hay mejor arte que aquel que se ignora á sí propio. Cervantes no conoció, por fortuna, como Zolá, la teoría del realismo, pero la adivinó con los ojos de lince del genio, y empleó lo más natural, lo más sano y más artístico de sus procedimientos. Su condición y hasta su errática y atormentada vida le llevaban por este camino. Era admirador de la *Celestina*, y, á haberlos conocido, lo hubiera sido también de los dos famosos Archiprestes rabelesianos de nuestra Edad Media. Con sus propias fuerzas, pues, y sin desdeñar los excelentes, bien que escasos modelos que tenía en su misma casa, oyendo la voz nunca engañosa de la sinceridad, fijos los ojos en la naturaleza, huyendo de todo convencionalismo literario, dio á sus cuadros aquella plasticidad tan pasmosa, de trazos tan sobrios y seguros, que es más hija del genio que de las reglas. Así se libró de recargar sus descripciones y retratos como lo hacen los modernos naturalistas, que cristalizan la teoría en artificio y *metier*, sacrificando á ella la espontaneidad y frescura del brochazo impresionista.

Ojalá nuestro gran novelista no hubiera seguido nunca en sus obras otro camino que éste y hubiérase salvado

su concepción gloriosa de algunos lunares que la afean, sobre todo en su primera parte. Mas por muy excelso que sea el genio, es imposible que se sustraiga al medio ambiente de su época y que deje de vestir la librea de la moda. Cuando menos se lo imagina, las preocupaciones artísticas, anhelos de novedad ó, si se quiere, el romanticismo de la vida que anida eternamente en nuestra alma, como nostalgia de cosas peregrinas y superiores, se interponen entre el artista y la realidad, á manera de una lente de falsos colores que altera la visión de los objetos. Esa torcida noción de lo ideal en perpetua lucha con lo real, es la que pudo confundir en Camoëns con una epopeya artificiosa la idea de un poema orgánico nacional; la que vistió de griegos y romanos á los personajes del teatro francés; la que hizo desconfiar á Lope de Vega del valor de su producción dramática; la que dio á entender á Cervantes que tal vez fuera el *Persiles* la obra maestra de su ingenio.

El centenario que celebramos á pocos años de distancia del gran desastre, pudiera ser muy útil á todos los españoles si acertáramos á sacar provechosas enseñanzas del estudio meditado del insigne escritor que más á fondo conoció nuestro temperamento nacional, hasta el punto de que la historia fantástica de su héroe, por unánime consenso, se ha convertido en símbolo de su raza. Mas por desgracia, nuestra patria, que produjo obra tan admirable, es la que menos ha comprendido su espíritu. Cuanto más se agigantaba la sombra sobre el universo proyectada por la inmortal pareja, más y más se empequeñecía en nuestro suelo, á pesar del estéril culto de hiperdulía de algunos y no siempre bien encaminados adoradores.

Para la mayoría de los españoles el *Quijote* es una sarta inagotable de graciosos desatinos, capaces de hacer desternillar de risa al hombre más formal, ó un juego de

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

ingenio que dio ocasión principal á un prosista como pocos para lucir todas las galas y primores del lenguaje. Para otros, divorciados de la perpetua obsesión de la gramática y del idioma, pero enamorados del sentido oculto de las cosas, un libro cerrado bajo siete llaves, que guarda sorprendentes y profundos secretos. Para los menos, un espejo clarísimo que puso Cervantes á los ojos de sus paisanos para que en él se miraran y conocieran, y, conociéndose á fondo, se enmendaran. Yo creo, con los últimos, que no ya sólo del *Ingenioso Hidalgo*, sino de todas las obras del monarca de nuestras letras, se desprenden muy grandes y muy admirables lecciones.

Nadie predicó antes que él á nuestra raza, de una manera más amable, el Evangelio de la sensatez y de su regeneración moral, ni nadie puso más de relieve con su mágico pincel nuestros grandes defectos colectivos: la ociosidad, la soberbia, la intolerancia, que resurge siempre bajo nuevas formas, la idolatría del valor petulante y estéril, sin finalidad alguna, el amor á la aventura por la aventura misma, como lo practicaban los andantes paladines del mundo feudal y caballeresco. Y al propio tiempo que ponía al descubierto estas llagas de nuestro temperamento psicológico, vertía en ellas con cristiana caridad, cual consolador cauterio, la religión del amor y de la indulgencia.

Nuestros grandes triunfos militares del siglo XVI, iniciados con los laureles de Pavía, nos desvanecieron. La edad gloriosa, pero efímera, en que la Nación española aspiró á imponer al mundo *un monarca, un imperio y una espada*, y en que produjo una cultura brillante como pocas, se tradujo en un sentimiento de ciega confianza y de arrogancia tan estéril como la del hidalgo manchego. Nuestros magníficos tercios se paseaban en inútiles triunfos por la Europa y la asombraban con su ardor marcial, su gentil apostura, su espléndido lenguaje, su bravura irresistible. Brantôme, el primero de los hispanistas de su tiempo, tomó una posta expresa para ver desfilar á su paso á

Flandes los mosqueteros del Duque de Alba, que en su entusiasmo le parecían un ejército de príncipes y capitanes. No era menor la admiración de Maquiavelo por ellos.

Pero bajo aquella arrogante apostura, bajo aquel gran *fumo de fidalgo*, como le apellidaba el conocido escritor Guicciardini, la pobreza corroía la nación, los talleres y oficios se veían solitarios ó despreciados, y tan grande era nuestra miseria, que llegaba á pedirse limosna en las iglesias por el Rey nuestro señor. Nos aislábamos del mundo con una política cerrada é intolerante, y nos hacíamos odiosos á los extranjeros por el abuso de nuestro poder. Hay una literatura entera que refleja esta antipatía. Mientras tanto la pereza y las campañas de Flandes y de Italia producían una hampa de delincuencia, una especie de flamenquismo, que atraía hasta á los jóvenes bien nacidos de aquel tiempo, al modo del Juan Carriazo y Tomás de Avendaño de la *Ilustre fregona*, y una milicia inválida ú holgazana, que se consumía en los hospitales ó en el ocio de las aldeas, como el alférez Campuzano del *Casamiento engañoso*, ó el soldado Vicente de la Roca del *Quijote*.

El arraigado defecto de la soberbia nacional es el que hace hablar á Cervantes en el *Persiles* (Lib. III, cap. XIX) de esta suerte, al referirse á la ciudad de Luca: "Allí, mejor que en otra parte alguna, son vistos y bien recibidos los españoles, y es la causa que en ella no mandan, sino ruegan, y como en ella no hacen estancia de más de un día, no dan lugar á mostrar su condición tenida por arrogante." Al valentón de oficio y al soldado fanfarrón, al capitán Spavento ó Matamoros de los extranjeros, bien lo ridiculizó nuestro escritor, no sólo con aquel conocido soneto al túmulo de Felipe II: "Vive Dios que me espanta esta grandeza," sino en el tipo del citado Vicente de la Roca, recién llegado á su pueblo de las campañas de Italia, forzador y robador de doncellas, vestido á la soldadesca en su propia aldea, pintado de mil colores y que hacía tantos guisados é invenciones con sus galas y preseas, que había

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

quien jurara que había hecho muestra de más de diez pares de vestidos y más de veinte plumas. (P. I, cap. LI).

Han pasado tres siglos y todavía el carácter del héroe matón y perdonavidas es el que entusiasma á nuestro vulgo, y la España popular que ha tenido la desgracia de no sentir la hidalguía generosa de D. Quijote, acude todos los años á aplaudir en las tablas la aparición de *Don Juan Tenorio*, parodia del valor, que escarnece la virtud y atropella la razón y la justicia. Es todavía el mismo pueblo que se entusiasmaba en el siglo XVII ante la glorificación del sentimiento del honor quisquilloso y salvaje de los dramas calderonianos.

Bien caros ha pagado esos tradicionales defectos nuestra esforzada nación de trágicos destinos, que luchó por su Dios y por su Rey con la fe y la constancia de los Macabeos. Aquella monarquía universal con pies de arcilla, fue sorda é indiferente á las enseñanzas que en el borde del precipicio parece haber escrito para ella el heroico Manco, cuya bravura le ganó el derecho á darlas. Se acercaban los tiempos á que Quevedo había aludido con voz profética:

> Y es más fácil ¡oh España! en varios modos
> que lo que á todos les quitaste sola,
> te puedan á ti sola quitar todos.

Nuestra magnífica soberanía, ceñida con la perenne diadema del sol, se hundía siglo tras siglo para siempre en el eterno pasado de la historia. De su espléndido imperio surgían todavía no hace un lustro y medio, por cima de las olas de dos inmensos mares, cuatro despedazados archipiélagos como destrozados restos de una gran catástrofe histórica; hoy no le queda á nuestra heroica patria, que abrió á la civilización europea aquellos vastos mundos, ni un peñón siquiera en ellos en donde alzar su abatida enseña. Pero aún subsiste, para consuelo nuéstro, la soberanía literaria, que con su pluma ganó á su patria el genio de Cervantes, y un grupo de diez y siete naciones hermanas

que, como simpáticos rasgos de la fisonomía materna, guardan la fe de Cristo en sus pechos y un mismo acento en sus labios.

Los dulces tiranos de las letras y del arte, los apóstoles de la virtud y del progreso, esos son, en definitiva, los únicos que vencen y conquistan el mundo. De todas nuestras magníficas hazañas, la que más ha sobrevivido es la marcha triunfal de nuestro andante manchego, llevando en la grupa de Rocinante la hermosa lengua que por antonomasia se llama lengua de Cervantes, hasta los más apartados confines del globo, cumpliéndose al pie de la letra la profecía del Manco inmortal. D. Quijote es el que ha conquistado el corazón de la humanidad, inspirándola hacia España una inmensa simpatía, cuyas poderosas palpitaciones repercuten hoy, con júbilo de apoteosis, en su suelo, cual voz amorosa que la consuela de sus pasadas desdichas. D. Quijote es también el que hoy nos une á todos los españoles en un estrecho abrazo de amor y de concordia que ojalá no se desate jamás.

ANTONIO RUBIÓ Y LLUCH
Catedrático de Lengua y Literatura castellanas en la Universidad de Barcelona

Barcelona, 9 de Mayo de 1905

RECUERDOS DE LA GRAN CARTUJA

> Y habiendo caído en tierra, oyó una voz que le dijo: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?—*Hechos de los Apóstoles.* IX.

I

Estas páginas no son un juguete de la imaginación, la obra de un vano capricho de la fantasía: son la relación sencilla, pero fiel, de algunas impresiones de juventud, la historia sincera de un sentimiento íntimo, pero grave, como todos los pensamientos religiosos, y que ha ejercido

Universidad del Rosario | Archivo Histórico